

**CORREO DE XEREZ****DEL LUNES 2 DE MAYO**

de 1808.

**CANTO TERCERO DEL POEMA INSERTO  
EN LOS NUMEROS ANTERIORES.**

**Y**a el Sol se había ocultado tras de las montañas, y los rebaños reunidos baxaban á paso lento quando Abdías, su hija, y Nefthalí acercandose á Silo, descubrieron la tienda que cubria el Tabernáculo, á cuya vista se paran un poco, hacen una reverencia á este lugar santo, y despues de una corta plegaria, continuan su camino, y no tardan en llegar á la puerta de la ciudad.

Alli los estaban esperando hacia algunas horas Sadoc y Elieser acompañados de sus parientes y amigos, y una tropa de doncellas de Silo, que traian en la mano ramos de lirio; van á recibir á Raquel, la rodean, la coronan de flores, y llevan como en triunfo al Pontífice, que le sale al encuentro. Raquel se postra



delante de Sadoc, quien la levanta, y la abraza; la presenta á Eliezer, que palpitaba de amor y de alegría. La modesta Raquel guarda un profundo silencio.

Su futuro esposo satisfecho de su felicidad embriagado con el placer de verla, no por eso dexa de buscar á su hermano; lo llama, le abre los brazos, dexa á Raquel para correr á él; y trayendolo cerca de su esposa, une y estrecha ambas manos, colocándolas en su corazon; en medio de los dos objetos que mas ama empieza á andar, y el sumo Sacerdote lo sigue acompañado de Abdias. Las doncellas van delante, y los habitantes de Silo reunidos en los parages por donde habian de pasar celebran esta dulce union con mil gritos, que dirigen al cielo.

Luego que llegaron á la casa de su padre, este anuncia que al dia siguiente un sacrificio de accion de gracias santificaria el himeneo de su hijo; entónces el pueblo se separa, y dexa en libertad á los esposos.

Sadoc cuida con el mayor esmero á sus huespedes, ofreciéndoles los refrescos que tenia preparados para ellos; y mas que de los demas cuida de Abdias á quien propone que se quede con el y con su querida hija, y que venga á vivir á Silo. Reunamonos, le dice, que la vejez necesita del socorro de la amistad: ya nuestra edad no debe vivir sino en el seno de nuestras familias. El nombre de padre, que hace á los que le son indulgentes, tambien se grangea la indulgencia; con un nombre tan dulce se llega impunemente á ser viejo. Los tiernos cuidados que podrian por olvido escaparse á Raquel, los tendrá Eliezer por vos, y los que este dexa de prestarme, los recibiré yo de Raquel. Nuestros corazones no harán la menor diferencia en-



tre nuestros hijos; y así nuestras riquezas en este particular serán duplicadas. Abdías ofrece no dexar aquella mansion, y Raquel le agradece infinito esta promesa, esta recibe con reconocimiento los esmeros atentos del amoroso Eliezer. y Nefthali ocultando sus dolores y con un semblante muy disimulado se sonríe en presencia de su hermano, y da á ambos la enhorabuena. De este modo se pasa el resto de la noche, y luego que las lámparas estan proximas á apagarse manda Sadoe á sus hijas que se vayan á esperar el dia siguiente á casa de uno de sus parientes: ambos se van á la de Farnuel á dormir juntos, pero el sueño en toda la noche no les favorece. Eliezer que conocia la tristeza de Nefthali, no la atribuye á otra cosa mas que al amor que tiene á la Israelita incognita, á quien desea encontrar y cree minorarla hablandole de ella, y ofreciendole que muy pronto piensa él mismo acompañarlo á buscarla. Nefthali procura, pero en vano, desterrar estas tristes ideas y habla al esposo de Raquel de la felicidad que va á disfrutar. Eliezer vuelve á instar sobre el asunto de su hermano, pues no se cree feliz mientras no lo sea aquel, y así procura aliviar su herida, pero no hace mas que aumentarla.

Por último llega la brillante aurora á iluminar al oriente, el nuevo esposo se prepara y pone sus mejores trages, y Nefthali se complace en ayudarle, él mismo es quien compone con mucha gracia las trenzas de sus cabellos baxo su resplandeciente tiara, y cubre su espalda con una gran capa de jacinto, que anteriormente habia sido en los juegos guerreros de Israel premio de la destreza y valor de Nefthali. Embellecido

Elie



Eliezer por su edad y con su dicha, lo es aun mas con los dones y cameros de su hermano: uno y otro van á ver á Sadoc, y encuentran ya á los Levitas con el traje de los días festivos, á las doncellas y al pueblo reunido, que esperan á la puerta del templo á la nueva esposa; esta se presenta vestida de blanco, y cubierta la frente con un belo bordado. Turbada y tímida se pone cerca de su padre, reusando, para ir á su lado, el brazo de Nefalí. Eliezer, transportado de alegría, se pone á la cabeza de los Levitas; es el primero que llega al Tabernáculo; y dándose él mismo prisa para traer las victimas, las presenta á Sadoc, quien inmola doce carneros. El pueblo une sus votos á los del Pontífice, y pide, como este, que la nueva Raquel, tan hermosa como la primera, sea tan fecunda como Lia; que ambos esposos vivan tanto tiempo juntos como Sara y Abraham. El mismo acompañamiento que los condujo al Tabernáculo, los volvió á acompañar concluido el sacrificio; y paseándolos por la ciudad cantan himnos antiguos, y riegan con flores el camino. Concluidas estas ceremonias, hace Sadoc que los novios firmen lo que habían contratado. La mano de Eliezer lo executa temblando de gozo; pero la de Raquel aun temblaba mas por diferente causa. Nefalí se habia separado; su hermano, que lo echa de menos lo busca, lo encuentra, y trae para que asista á la función de la boda, colocándolo inmediato á su esposa, y mientras que Sadoc preside el convite de su familia reunida, el feliz y amable Eliezer no habla á Raquel y á Nefalí sino de sus deseos de vivir entre dos personas que ama igualmente, y de que uno y otro se amen como él los ama.

Se continuará.



*Jam moriar letus, quia vidi Patriam  
fruentem libertatem,*

Dame dame muchacho  
de Rom una botella  
que á mis cansados nervios  
les de alguna fuerza.  
¡Pero que me sucede!  
parece que se aumentan  
de mi postrado cuerpo  
las ya marchitas fuerzas;  
venga, venga otro vaso  
dame acá, nada temas  
y tu tambien hoy bebe  
en loor de tanta fiesta,  
ay, es de anis un grano  
mi amada patria plena  
libertad vé; y no holgarme  
con tan felice nueva!  
No lo extrañes Pepico  
de lagrimas ves llenas  
mis cóncavas mejillas  
pero no de tristeza,  
de temor, y ternura  
son una cierta prueba  
en ver que mis hermanos  
hoy á vivir empiezan  
¡Infeliz! Que no pueda  
(pues mi vejez lo veda)  
cortar ahora á las plantas  
del que los grillos quiebra!



del que al fatal Gigante  
 quebrado ha la cabeza,  
 y del fiero tirano  
 domò la enorme fuerza.  
 Cara Patria, respira,  
 arroja esas cadenas  
 odiosas, que el despota  
 á tu cuello pusiera.  
 Levanta ya triunfante  
 tu abatida cabeza,  
 y mirale con gozo  
 gemir baxo tu diestra,  
 gemir no sus errores  
 no su impiedad inmensa,  
 sino el ver abatida  
 la infinita soberbia.  
 El cruel despotismo  
 mirale qual se aleja,  
 turbios sus ojos vuelve  
 no halla do mirar la huella:  
 sus Satelites mira  
 su vista fixa en tierra  
 mal diciendo mil vezes  
 el fin de su carrera.  
 Ya veo en su alto trono  
 á la justicia recta  
 librar su ardiente rayo  
 fulminando anatemas:  
 temblad, temblad malvados!  
 séquaces de una fiera  
 que ya el Potente quiere



71  
mirar nuestra miseria,  
Derrocó al Poderoso,  
al que movido guerra  
habia á los humildes  
y echados por tierra:  
á el que á precio de vicios  
vendia sus finezas,  
y oprimia al cuitado  
con tiranía inmensa:  
al que en capa de amigo  
un enemigo era,  
abusando inhumano  
de una sencillez recta:  
y en fin al que abusando  
con no vista proterva  
el Español sumiso  
holló á su Patria mesma.  
Mas ya Nobleza Hispana  
respira, nada temas  
tu corazon explaya  
que oprimido tuvieras.  
Nuestro Dios ya pagado  
de muchas preces nuestras  
determina que libre  
por muchos años seas.  
Yo cercano á la muerte  
fin de nuestra carrera  
la espero muy gozoso  
por que libre te viera.

I. C.



## CUENTO.

Pedíale limosna  
 con ayes, y lamentos,  
 un misero Mendigo,  
 a un misero Avariento,  
 era tan importuno,  
 y tenaz en su ruego,  
 que en fin, el ruin Avaro  
 a pesar de su genio,  
 del roñoso bolsillo  
 corrió el lazo mugriento:  
 saca un quarto, y le dice,  
 deme un ochavo luego,  
 y llevará este quarto:  
 ¡Ay, Señor, no lo tengo,  
 responde el desdichado:  
 pues, hijo, yo no puedo  
 darle más de un ochavo,  
 y así no pierda tiempo,  
 y vayase à otra parte  
 à buscar su remedio.

El infeliz mendigo  
 arrancando del pecho  
 un profundo suspiro,  
 dice: gracias al Cielo,  
*basta para ser pobre  
 es menester dinero,*

M, M. M.